

TRÁNSITOS Y TRAUMAS EN EL DISCURSO NACIONAL PUERTORRIQUEÑO

Tal vez la metáfora del “tránsito y del trauma” haya sido la más empleada para transmitir el proceso y sentir que vinieron a sorprender al letrado portavoz de la cultura nacional puertorriqueña a partir de la invasión norteamericana de 1898. En su libro *Historia de la literatura puertorriqueña* (1956), Francisco Manrique Cabrera nos advierte sobre la “penosa” década de inicios del siglo XX, que “fue etapa de tránsitos y de traumas”, y también época “madre de nuevos desconciertos y nuevos titubeos que pueblan [el mencionado período] de perplejidades casi trágicas y desilusiones casi amargas” (p. 159). Tan apesadumbrada manera de articular el vivencial que provoca la invasión, la habían expresado ya, en gran medida, la mayoría de los escritores de la primera mitad del siglo XX. José de Diego, particularmente, reacciona ante el pesar que provoca la invasión mediante el poema “La brecha”, donde expone con dramatismo la lucha y resistencia que a su entender está llamado a asumir el sujeto nacional frente a la embestida del rival invasor. Un poco después, para los años 30, Antonio S. Pedreira habría de definir este estado de inesperada transición y sentimiento de incertidumbre cultural mediante la imagen de “una nave al garete”. Y ya para mediados del siglo XX, René Marqués distingue el trauma trágico que para el imaginario ser nacional trae el inesperado acontecimiento del 98. Lamenta este escritor, ante todo, la tendencia suicida y aniquiladora que provocan las fuerzas destructivas ya internalizadas por el ser colectivo nacional como consecuencia de las opresivas agresiones culturales del invasor durante la primera mitad del siglo.

Pero antes que Manrique Cabrera fue Antonio Salvador Pedreira, como máximo exponente del discurso fundacional de la Generación del 30, quien expresó con mayor énfasis y sentido totalizante la imagen del tránsito y el trauma provocados por el cambio de soberanía. Como consecuencia de la invasión del 98 —nos advierte en *Insularismo* (1934)— la cultura nacional puertorriqueña habría de pasar por un momento “de indecisión y transición” (p. 29). En su acepción más alegórica, se trata del instante en que el sujeto nacional que imagina el letrado habría de caer al mar de incertidumbre que provoca el cambio de soberanía y que coloca la nave de la nación en riesgo de perder la ruta e irse a la deriva. Más adelante, sin abandonar en gran medida estas alegorías, los creadores de los años 40, y aún escritores posteriores a los años 50, como Emilio Díaz Valcárcel, Pedro Juan Soto y René Marqués, no se muestran tan desesperanzados por la desorientación espacial (que esta vez lleva a la emigración), sino que lamentan más bien la huella patológica que imprime el abrupto trauma de la invasión en la conciencia del imaginario nacional. Pero será para

las décadas del 60 y el 70 que esta visión traumática de la invasión habrá de cobrar un giro paradigmático. Escritores y críticos de la cultura, como Juan Ángel Silén, José Luis González, Juan Flores y Ángel Quintero, respondiendo a criterios ideológicos distintos, rompen radicalmente con el imaginario y constructos del trauma presentados por los escritores de la primera mitad del siglo. Las hermenéuticas provenientes del campo de las ciencias sociales, como el marxismo y el estructuralismo, permitirán a estos críticos abandonar la perspectiva del patriarca que tras la invasión siente haber perdido la seguridad geográfica y su acervo nacional. Al debilitarse así la mirada oficial del patriarcado nacional, estos ensayistas de los años 70 prestarán privilegiada atención a la oprimida otredad (es decir: al pueblo nacional) que a su entender tendría que ser rescatada, por la voz conscientizadora del socialismo, del abismo anajenante que impone el imperialismo. No lamentan ya la tragedia del trauma nacional como tampoco destacan la metáfora de la patología del puertorriqueño mental y físicamente enfermo. Antes de ver al otro desde la perspectiva de un olímpico sujeto nacional que desea recuperar la tierra y sanear la sique, mediante las inteligibilidades que ofrece el discurso marxista principalmente, estos críticos de los años 70 se ocupan esta vez de elaborar una nueva representación de la historia del País. Más allá de interpretar lo que se había concebido como la realidad puertorriqueña (en el sentido de un referente objetivo) se ocupan de analizar el modo en que ciertos mitos y meta-relatos del canon han mediado en la visión de esa "realidad". En este proceder, denunciarán el discurso defensor de las voces de la burguesía hacendada y señorial del siglo XIX, y cuya óptica de clase repercute, para principios de siglo XX, en la creación del mito del trauma. Esta nueva óptica les lleva además a rechazar las concepciones de poder propias de clase hacendada, reconociendo que las mismas alcanzaron continuidad y nueva pertinencia mediante el pensamiento de Pedreira, principalmente. En este ademán discursivo la visión de la otredad nacional (lo que fuera el pueblo iletrado y enfermo) ya no se muestra dominada por los matices racistas y elitistas que con Pedreira y Marqués solían tener.

Importa específicamente de estos escritores de los años 70, su deseo de desvincularse de los constructos míticos de la cultura señorial de herencia decimonónica, para identificarse esta vez con el otro-obrero puertorriqueño. Pero su singular postura ideológica no está exenta igualmente de constructos y tránsitos. Nos topamos en esta ocasión con críticos que apelan a nuevos mitos y utopías de la avanzada del ya vigoroso (y nada enfermo) cuerpo del proletariado nacional, rescatado de la historia por el pretendido saber totalizante del socialismo característico de la época. Si bien dejan a un lado los símbolos oficiales de los poderes dominantes de la sociedad colonial, pasan a identificarse con la razón histórica que habría de rescatar a los sujetos ideológicamente oprimidos, como los negros, los obreros, los emigrantes. Pero esta modalidad, que desde la ideología marxista establece una crítica al mito del trauma, prontamente también habrá de tener sus tránsitos. La promoción de escritores posteriores,

los de la década del 80 y el 90, si bien no se muestran tan interesados en afirmar la metáfora patológica del trauma que se desprende de la visión trágica de la invasión del 98, tampoco proclamarán con entusiasmo los reclamos de la teleología socialista de los escritores de los años 70. Los pensadores de estas décadas subsiguientes asumirán más bien posturas de diversa índole pluralista, fragmentaria, marginal, ambigua y distanciada, rompiendo así con la tendencia a interpretar desde totalizantes y amplios meta-relatos (mitos) nacionales. Escritos de los años 70 y 80, como los de Edgardo Rodríguez Juliá, Magali García Ramis, Ana Lydia Vega, Edgardo Zanabria Santalíz, Juan Antonio Ramos y Luis Rafael Sánchez (siendo este último en realidad, un escritor transgeneracional) se presentarán con una visión irónica frente a los pasados discursos totalizantes y hegemónicos, ya de derechas o de izquierdas, y reconocerán con un nuevo sentido, algo distante del romanticismo social y épico de la promoción anterior, las significaciones de la cultura popular. Atrás dejarán el "traumático" evento de la invasión del 98, y dirigirán su mirada crítica hacia las construcciones culturales ya formadas por la sociedad colonial estadolibrista a partir de los años 50. Al enfrentarse a los tránsitos que provoca la crisis del estadio de la modernidad estadolibrista, no se ocuparán ya tanto de la cultura dominante, sino del otro desarticulado de la calle, de la mujer, los desempleados, los confinados, el viajante y el habitante común. Si a algo se enfrentarán será al logocentrismo creado por la sociedad liberal muñocista y su contradictorio papel de agente "constructor" de los valores nacionales, a la vez que reconocerán lo ilusorio de esos montajes. Del trauma inicial de principios de siglo, y de la valoración historicista de los pensadores disidentes de los años 60 y 70, los escritores de los 80, pasarán a reaccionar con parodia e ironía ante los simulacros y contradicciones de la cultura popular colonial. Quedaría por identificar los traumas y tránsitos que también le podrían ser característicos a esta nueva órbita de escritores que se acercan ya al pensar postmoderno.

Cabe reconocer, pues, cómo el discurso de Pedreira coloca a las masas y al pueblo de la sociedad colonial puertorriqueña posterior al trauma de la invasión, en la posición del otro en necesidad de ser rescatado por medio de la educación, para ser incorporado al espacio y saber letrados iniciados ya por la liberal cultura hacendada del siglo XIX. Más adelante, René Marqués habrá de lamentar el que ese otro haya sido pacificado y haya perdido la capacidad de intervenir genuinamente en su propia historia, debido al proceso alienador al cual le ha sometido una educación colonizadora e impuesta por el invasor. Un poco más adelante Ángel Silén, Juan Flores y José Luis González, en su reconsideración de estas anteriores proyecciones, se ocupan de mostrar el equívoco de la precedente elite intelectual (Pedreira y Marqués) en la apreciación del otro nacional, por lo que se disponen a rescatarlo (mediante el alcance de la utopía del socialismo) en su perfil de proletariado enérgico y nada enfermo o pacífico y como forjadores de la otra historia. Estos letrados de los años 70, sin embargo, no alcanzan una aprehensión del sentir vital y propio, así como la particular

movilidad de ese otro en su proceder en el tiempo y el espacio. Su perspectiva de la otra cara de la historia responde más a deseos que les llevan a crear nuevos meta-relatos y teleologías del destino nacional. Será más adelante, a partir de la década del 80, mediante el discurso de Edgardo Rodríguez Juliá específicamente, que el letrado se dispone a infiltrarse y mezclarse con el otro, e intenta articular con mayor empeño la propia discursividad y el sentir marginal del cuerpo de éste, independientemente de un predispuesto papel asignado por la Historia. Siguiendo esta vertiente de reconocimiento del otro, Luis Rafael Sánchez, en “La guagua aérea”, habrá de lograr la mayor cercanía e irónica empatía con ese otro “nacional” y ante el posible rumbo de éste como pueblo.

Mas volvamos al principio. Tanto Pedreira como Manrique identifican períodos de estabilidad y fluidez en el siglo XIX. Desde lo que advierten como el despegue mismo de la cultura nacional (desde *El gíbaro* de Alonso), distinguen una feliz continuidad que se manifiesta en el campo de la letras. Reconocen ambos pensadores cómo antes de la invasión del 98, los tránsitos llevaron a la superación y el mejoramiento de la cultura. Alonso mismo, desde su mencionado libro, ya había visto este proceso cuando dice, y según apunta Manrique: “Atravesamos una época de transición en la cual lo antiguo va desapareciendo, y lo nuevo viene a reemplazarlo” (p. 157). Pero más allá de la lectura de Manrique, no debemos interpretar estas concepciones de la historia en su sentido más transparente. Es decir, no se debe analizar el pasado desde la noción que pretende alcanzar un referente supra-lingüístico que se llama historia. Antes que historia en el sentido objetivo, encontramos en la estructura profunda del discurso de estos escritores, simbologías, narrativas, mitos y utopías que nos refieren más a los deseos de vislumbrar procesos que quizás a la historia misma. Sobre este aspecto ya Ángel Quintero ha reconocido que tanto Pedreira como Manrique participan del mito de la hegemonía patriarcal inicialmente montado por la burguesía criolla y hacendada del siglo XIX. Se trata del mito-relato de la hacienda, en la cual habita el padre autoritario, y bondadoso a la vez, rodeado de los hijos del país, con sus peones y agregados (donde no suele incluirse a los esclavos) cultivando la fértil tierra. Bajo esta alegoría de la armoniosa “familia puertorriqueña” ocupada en el trabajo agrario de la hacienda, Manrique concibe en su relato cómo en el siglo XIX la “intelligentzia” nacional pudo alcanzar conquistas que contribuyeron a cambiar —según él mismo dice— el “clima histórico” y a lograr una “fecunda simiente” (p. 157). Pero este clima que permite las apacibles y liberales cosechas de la familia hacendada del siglo XIX —como también señala Manrique— viene a ser alterado por el “abrupto corte de la invasión norteamericana” (p. 159). Mas por encima de esta invasión —nos sigue diciendo Manrique— persistieron y triunfaron “los hombres de hombría de bien, [con] la rectitud moral y la capacidad sacrificial para responder a las heridas, las persecuciones y torturas, a que reiteradamente se les sometía” (p. 158). La invasión norteamericana viene, en ese sentido, a interceptar la ardua labor del imaginario pro-hombre de la nación y también a

presentarle a la generación del 30, —según nos sigue diciendo el crítico— una “situación nueva (...) madre de nuevos desconciertos y nuevos titubeos que pueblan, por de pronto, la siguiente década de perplejidades casi trágicas, y desilusiones dolorosamente amargas” (p. 159). Y para contrarrestar la fuerza del tránsito y el trauma que provocó el 98, los escritores de principios de siglo, continúa relatando el historiador, hubieron de volver a las raíces, y “entrar en cauces”, para “beber las viejas sabias de la lengua”.

Véase, pues, cómo “volver”, “entrar” y “beber”, representan los avances que debe asumir el sujeto nacional para revocar la inestabilidad que ocasiona el tránsito, y así afincarse en el suelo nacional y saciar la sed provocada por el viaje. Y sería luego de la reconquista que el imaginado sujeto nacional podrá sembrar la palabra en la tierra (libro), para cultivar la cosecha, producir y recoger los frutos intelectuales. Se trata de una empresa (“era sencillamente obra de romanos”, p. 289) que representa la gesta de recuperación del lenguaje que permitiría a la Generación del 30 cultivar la escritura que le llevaría apoderarse del sujeto del imaginario nacional ya adoptado por los intelectuales liberales y radicales del siglo XIX. Manrique mismo se hace partícipe de esta hazaña de recuperación alegórica del ser nacional al ofrecerle a la cultura en 1956 su *Historia de la literatura puertorriqueña*. Presenta una de las obras que con mayor empeño vino a colmar el anhelante deseo de fecundidad que animaba al discurso del letrado de los años 50 y 60.

Y luego de haberse reconocido el deseo y el espacio primigenio que permiten emprender la cosecha escritural (la semilla), se logra advertir cómo el trauma ha provocado el desvarío. Los modernistas puertorriqueños (según Manrique) como testigos de los estragos producidos por la invasión, se refugiaron en “el territorio apropiado” para emprender las acciones que ponían en contacto con “la verdad”. Mas no tuvieron, entiende Manrique, la perspicacia ideológica necesaria, ya que “no reflexionaron a fondo y en firme sobre la rotura del 98” (p. 289). Y aún después, la Generación del 30 habría de enfrentarse con gran dificultad al trauma de la invasión, pues para esa época ya el ser puertorriqueño se encontraba “preso” de las “nuevas” redes económicas, políticas, educativas, literarias, sociales que ofrecía la nueva colonia, y la moderna civilización norteamericana. No obstante, a la Generación del 30 la vendría a distinguir —como señala Cabrera— el haberse encargado de buscar las raíces, “calar hasta el fondo de las causas perturbadoras, cobrar conciencia de lo legítimo, y denunciar los engendros desvirtuadores”. A partir de esa toma de conciencia —sigue afirmando el historiador— serían estos hombres del 30 quienes habrían de “trazar rumbos y enderezar caminos” para sembrar la cosecha y recoger los frutos. Pero tal y como nos lo indica la historia, esta siembra de signos del mito agrario de la Generación del 30 vino a tener su primera y fallida cosecha con el triunfo definitivo del liberalismo muñocista que para la década del 50, antes que del ámbito patriarcal de las haciendas campesinas, se ocupó del mundo industrializado de los nuevos poderes socio-económicos.

Si hubo una cultura que sufrió los estragos que produjo la ideología estado-librista, fue la cultura agraria y nacionalista, con todos sus viejos mitos y deseos de recuperación del suelo patrio de la hacienda nacional. En el nuevo contexto de la ciudad industrial el deseo cultivador (de fecundar la tierra-mujer) cederá ante los sentimientos de impotencia y castración (el nuevo trauma) del “pro-hombre” nacional que concibe el letrado (téngase aquí en cuenta “El josco” de Abelardo Díaz Alfaro, *La carreta* de René Marqués, “Lolo Manco” de Edwin Figueroa).

Más adelante, a partir de la década del 50, la visión del tránsito y el trauma se verá acompañada de la imagen de la expulsión del puertorriqueño, de los seguros territorios de la hacienda y del mundo campesino, a los indeseados y marginales espacios de la ciudad, donde se maquina aún más la colonización de su ser. De la alegoría de una literatura sembrada en el mito agrario (de los femeniles territorios del fértil exterior donde el varonil hacendado siembra su cosecha) pasamos a una literatura sumergida en la angustia que provocan los nuevos tránsitos (téngase aquí en cuenta el significante: la carreta). El panorama que angustia al letrado está dominado ahora por la árida siquis masculina que sólo promete la impotencia y la miseria traída por el tránsito hacia los espacios urbanos de la nueva modernidad. Se presenta esta vez el trauma que ocasiona el traspaso del campo al arrabal, y del arrabal a la urbe niuyorquina. La parálisis y angustia que provoca esta mudanza comienza a colocar al otro nacional en espacios fronterizos y en umbrales de mayor ambigüedad. La tragedia del campesino trasladado y arrojado a la cruel ciudad, sometido a la ruidosa fábrica, y expuesto a la penuria emigratoria se patentizan en *Tiempo muerto* de Manuel Méndez Ballester, “El josco” de Abelardo Díaz Alfaro, “En el fondo del caño hay un negrito” de José Luis González, *La carreta*, “Lolo manco” de Edwin Figueroa, *Spiks* de Pedro Juan Soto. Estas obras nos presentan discursos que vienen a acusar la perturbación síquica que sufre el otro nacional al serles impuestos tránsitos y acciones que los desarraigan de sus entornos primordiales. Mediante la nostalgia y la memoria algunos de los escritores de estas obras retienen muchos de los significantes primigenios del imaginario que se gestara en el pasado del patriarcado nacional y sus anhelos fecundantes.

Singular en este momento de cambio de una sociedad principalmente agraria a una de pretendido orden industrial, es René Marqués. Frente al mito oficial estadolibrista que ofrece al puertorriqueño la esperanza de evolucionar ideológicamente hacia la independencia y alcanzar la “tierra de promisión” en que se fusionan la tierra y la máquina (“El puertorriqueño dócil”, p. 201) se destacan los iracundos reclamos de una nueva generación de escritores que a partir de la década del 50 acusarán la falacia de ese mito liberal estadolibrista. Pero esta vez, además de continuar denunciando la presencia norteamericana en el país, acusarán la dócil y colonizada reacción del otro isleño ante la agresión psicológica que ofrece el invasor. Para René Marqués, el fenómeno del trauma de la invasión trajo como consecuencia, y siguiendo en ello la patología

que presenta Pedreira, el que el otro puertorriqueño se convirtiera psicósomáticamente en un ser “pacífico y tolerante”, “fatalista y resignado”, “aplatanado y ñangotado” (“El puertorriqueño dócil”, p. 156). A esta conducta, y para colmo de la ironía, —según nos dice Marqués— se añade el que tal docilidad sea concebida, por algunos, como atributo de un ser felizmente democrático. Más allá del mito de la “cortesía”, “hospitalidad” y “generosidad” entiende Marqués que lo realmente distintivo del puertorriqueño resulta en una conducta de servilismo y docilidad (p. 186). Evidentes resultan en estos juicios el trasfondo psicoanalítico de Marqués, sobre todo cuando afirma: “Al enfrentarse al norteamericano, el puertorriqueño, (...), pone en marcha su complejo de culpa colonial. Para tolerar, excusándola, su humillante condición, ha de admitir que es “inferior” al norteamericano. (...) Esta admisión inconsciente de inferioridad no deja de herir su “ego” provocando a menudo reacciones compensadoras extremas como lo son las del antagonismo violento o la del entreguismo total” (p. 186). Mas si bien estos argumentos nos ubican ya en un momento histórico en que la voz escritural puertorriqueña ha abandonado la actitud del patriarca positivista que observa la inadaptación del cuerpo del otro al ambiente, nos posan frente a un siquiatra históricamente preocupado, desde su gabinete, por la enfermedad mental de su pueblo/paciente. Algo distante estamos ya de las pretensiones magisteriales de Pedreira, y sus esperanzas en la posibilidad de alcanzar un sujeto nacional de apropiado saber, así como de los pedidos epopéyicos de Manrique a unirse a los preparativos de la vendimia nacional. La imagen que se presenta esta vez será la de un puertorriqueño convertido en máquina de dudoso y equívoco engranaje. Para Marqués lo que en la nueva sociedad se destaca es “el torcido *mecanismo* colonial del hombre puertorriqueño”, cuya conciencia no está capacitada para reconocer que “lo que ella asimila en su *engranaje* como pacífico, tolerante y democrático no es otra cosa que el ofensivo dócil” (p. 157, subrayados suplidos). Del sujeto imaginario que invitaba a cultivar la tierra en el ámbito felizmente familiar, pasamos ahora en los años 50, como nos señalan los subrayados, al hombre “torcido”, expulsado de la tierra patriarcal y deambulando por la ruidosa ciudad colonial. No se trata ya del escritor labrador de la tierra, (como lo disponen Pedreira y Manrique) capaz de rescatar mediante la escritura el pasado señorial (la historia) para equilibrar su ser. El deseo de vislumbrar un sujeto nacional que pueda cultivar la tierra y recoger la vendimia nacional se ve reprimido cada vez más por las manipulaciones síquicas de los nuevos poderes de la modernidad colonial estadolibrista. El escritor se encuentra así arropado por sentimientos de pesadumbre e impotencia, angustiado al no poder encontrar un sujeto ideológico capaz de darle continuidad al proyecto de desarrollo en la finca nacional. Nos acercamos así al fin de las utopías y mitos iniciados por los letrados liberales del siglo XIX.

■ Pero para Marqués la literatura tiene todavía su encomienda. El escritor se propone como el sujeto capaz de superar, mediante las letras, el servilismo

colonial y la enajenación del pueblo puertorriqueño. Mientras más colonial y enfermiza se torna la sociedad puertorriqueña —nos afirma— más rebelde y agresivo se vuelve el escritor; mientras más eufemista es la sociedad (mientras más dora la píldora), más franca y abierta es la expresión literaria, mientras más cobarde y tímida es la voz popular, más audaz y decidida se muestra la literatura (p. 194). El escritor se muestra como el sicólogo que diagnostica al otro cultural, como el analista de la neurotizada y desarticulada familia puertorriqueña, quien frente al fracaso del hijo en la defensa del arquetipo femenino de la cultura nacional, añora la fortaleza y virilidad del desaparecido padre. A estos respectos *Los soles truncos* evidencia la imposibilidad de rescatar el pasado patriarcal y señorial, y revela el sentir de desasosiego y desorientación que asedia a la mujer sin el pro-hombre nacional que proclamara Manrique. Ciertamente se trata de la obra que viene a cerrar con profundo sentir trágico el ciclo del trauma provocado por la invasión norteamericana y, que según el letrado, escinde inevitablemente el ser del puertorriqueño. *Los soles truncos*, y también *La víspera del hombre*, rompen de manera definitiva con el imaginario que contempla con añoranza el pasado señorial, y proyectan la lucha que se vislumbra con el nuevo giro de la modernidad estadolibrista. Ya en “El puertorriqueño dócil” (1960), René Marqués se ha resignado con ira a contemplar lo que considera la inevitable tragedia del destino nacional: la entrega servil (a su entender, homosexual) ante un invasor que se ha apoderado de la siquis del desamparado otro nacional. A un lado queda la nave al garete; la incertidumbre es más bien frente al desempeño cultural del otro/máquina manipulado por un inescrupuloso y dañino ingeniero.

Al afianzarse la ideología estadolibrista para las décadas del 50 y el 60, el propio René Marqués, además de Edwin Figueroa y Emilio Díaz Valcárcel, entre otros, se propusieron mostrar los linderos psicológicos y existenciales del trauma nacional, pero ya ubicando el otro en el tránsito que lleva a una sociedad urbana y moderna. El deseo de recuperar el pasado y de vuelta a un imaginario nacional capaz de ofrecer amparo amplio y totalizante comienza a verse diluido en estos escritores. Para Marqués el sujeto nacional puertorriqueño ha sido expulsado del paraíso ideal e imaginario (el que se forjara en la hacienda decimonónica) y se encuentra como Caín, transeúnte, con complejo de culpa, sometido a una cultura colonial dominada desde la sique misma por los invasores, donde las posibilidades de liberación son cada vez más difíciles dadas las vigilantes y opresivas instituciones ideológicas del Estado Federal en el País. La sicología colectiva de docilidad, servidumbre y autodestrucción posee para Marqués su mayor muestra en el símbolo del cordero del escudo nacional. Ante este amplio problema cultural, la literatura (otro de los mitos de la modernidad) ofrece la alternativa de la subversión, el enfrentamiento, el cobrar conciencia del yo oprimido. Este deseo y voluntad de revelarse lleva a crear un inconsciente impulso por desmembrar los símbolos del poder dominante, a desear el fuego destructor o purificador, a tramar la extinción del antiguo

patriarcado, a temer a los signos matriarcales, y a sentirse algo (aunque conflictivamente) identificado con la marginalidad más extrema del otro (los negros, los bohemios, las prostitutas, los homosexuales, los emigrantes). Frente a Pedreira y Manrique, Marqués logra mayor cercanía al otro nacional, pero de manera traumatizada y transferencial.

Posteriormente, escritores de la década del 70 reconocerán como período traumático y de transición no tanto el 98 sino el 52, momento éste de la instauración del ELA. Por pertenecer a una modernidad más avanzada, y al no poseer tantas ataduras poéticas e ideológicas con la cultura agraria de principios de siglo (como Marqués), esta nueva promoción de escritores de los años 70 mantendrá distancia de los significantes provenientes del período de la invasión y de los símbolos de la pérdida de la hacienda nacional. Un significativo proceso de reflexión y pensamiento analítico les lleva a considerar, por medio de la historia y la sociología, las estructuras ideológicas que a su entender construyeron el pasado nacional y que llevan a los constructos culturales que desde Alonso y Zeno Gandía pasan por Pedreira y Manrique y culminan en Marqués. Destacadas voces de este grupo son: Juan Ángel Silén, Ángel Quintero Rivera, José Luis González, Juan Flores y Arcadio Díaz Quiñones. Al descubrir las propuestas y proyectos ocultos del discurso dominante que desde el siglo XIX había conformado la historia, todos ellos dismantelan las fantasías y el imaginario de construcción nacional que caracterizaron a los escritores de ideología hacendado-señorial. Tal proceder les lleva a identificarse de manera militante y programática con el otro oprimido que el discurso oficial había denominado como vago, aplanado y dócil.

Quizás sea Arcadio Díaz Quiñonez quien con mayor conciencia (un poco después) articula el sentimiento triunfal y de superación ante la ideología y los mitos que definieron a los linderos de la nación en el pasado. Su libro, *La memoria rota* (1993), es la mayor muestra de una generación de pensadores que alcanzaron una ruptura paradigmática en los modos de interpretar en la historia, al descubrir las falacias del meta-relato que había dominado al letrado desde el siglo XIX y que había sido particularmente institucionalizado en *Insularismo*. Muy distante se mostrará esta generación de los años 70 del positivismo insularista de Pedreira y del pesar existencialista de René Marqués. Por encima del meta-relato nacional estos nuevos ensayistas impondrán esta vez el saber discursivo del marxismo, para de ese modo vislumbrar renovadas utopías y mitos de reivindicación del otro-proletario nacional. Se trataba de una epistemología marxista que, sin dejar de ser sartreana y a veces althusseriana, les permitió desarticular los sustratos discursivos de la burguesía criolla de ascendencia decimonónica, los cuales perduraron durante las primeras cuatro décadas del siglo XX, y se mantuvieron latentes y como sedimentos míticos en la ideología liberal del muñocismo de los años 50, que es en realidad la ideología colonial que más afecta a estos críticos.

Figura importante en este momento de ruptura es Juan Ángel Silén, quien

para la década del 70 reacciona enérgicamente ante la visión propuesta por René Marqués en lo referente a la personalidad del puertorriqueño. En su libro *Hacia una visión positiva del puertorriqueño* propone una perspectiva distinta de la historia, ya enmarcada dentro del entusiasmo socialista de fines de la década del 60 y principios de la del 70. Silén distingue ahora afirmativamente el pueblo trabajador como personaje principal en el escenario del desarrollo de la historia del país. Con una nueva narrativa de la avanzada nacional expone la trayectoria de un pueblo cuya lucha le ha llevado a culminar para la década del 60 en el justo camino que conduce a la antesala del socialismo. Se trata de la senda que a su entender los intelectuales deben compartir si pretenden atajar las concepciones tradicionales y fatalistas más tradicionales (p. 12). En su interés por alertar al letrado intelectual, Silén destaca ahora una nueva hermenéutica de la historia nacional al poner en nueva perspectiva los signos de la marginalidad y la diferencia, y al dar relieve a los ignorados y desplazados por la historia oficial. Se ocupa, principalmente, de las acciones de las víctimas explotadas por las clases dominantes: las rebeliones indígenas, la resistencia de los esclavos, la abolición de la esclavitud, el grito de Lares, las represiones de 1887, el obrero agrícola que quema las cañas y marcha a las huelgas socialistas, la lucha nacionalista iniciada por Albizu Campos, los que buscan justicia social y votan por Muñoz en 1940, los estudiantes de la revueltas universitarias, los socialistas de los años 60. Muy distantes quedarán en esta novel perspectiva de la historia del País, las nociones de aplatanamiento y el pacifismo del otro nacional. La óptica sartreana y marxista vendrán, esta vez, a distinguir el modo en que el sujeto dominante ha ejercido el poder. Al respecto nos dice: "La violencia colonial no es producto del pueblo; se ejerce contra el pueblo por la clase dominante, que pretende mantener un sistema de explotación que la beneficia" (p. 16). Antes que de trauma, Silén habla ahora de la lucha anti-imperialista, y la llamada transición se le presenta como postura que responde a visiones de la declinante "burguesía puertorriqueña". Denuncia a los que como Marqués atacan al puertorriqueño en vez de vérselas con el sistema, la estructura, la ideología de la sociedad estadolibrista (p. 63). La visión del "puertorriqueño dócil", y la perspectiva del trauma nacional se le revelarán con ironía cuando nos dice: "el movimiento socialista, compuesto por puertorriqueños 'aplatanados' 'mansos' y 'dóciles', lleva a cabo una lucha político-social y económica, enfrentándose a los caciques unionistas, republicanos y liberales" (p. 71). Se articula aquí, pues, una antilectura de los meta-relatos de la intelectualidad tradicional, los cuales se habían nutrido de ideologías a la larga fundamentadas en los saberes dominantes y poco conscientes de la otredad nacional. Cabe incluir en estas nuevas antilecturas igualmente a Manuel Maldonado Denis.

Para la década del 70 también Ángel Quintero se ubica dentro de esta nueva óptica de crítica cultural. Asumiendo una postura más técnicamente marxista y estructuralista que Silén, en *Conflictos de clase y política en Puerto Rico*

(1977), Quintero analiza cómo la ausencia de un estado nacional en Puerto Rico, no se debió a la ineptitud de los políticos, sino a la incapacidad de la burguesía hacendada decimonónica para apoderarse del estado debido a su insalvable relación de dependencia con la burguesía comercial extranjera. Emerge de esa debilidad ante un poder mayor, la actitud de esta clase hacendada de reclamarle a “la gran familia puertorriqueña” (al pueblo trabajador) un gran esfuerzo en su capacidad productiva y una feliz condescendencia y sacrificio ante las contradicciones de un sistema social de pocas recompensas materiales. Pero tras la invasión del 98, esta burguesía, sin haber alcanzado su necesaria autonomía, tuvo que enfrentarse al muy superior poder imperialista del capitalismo norteamericano. El desigual encuentro vendría a cerrarle a la burguesía criolla una vez más las posibilidades de convertirse en una clase autónoma y hegemónica. Mas al igual que Silén, Quintero reconoce cómo emerge en este momento una importante vertiente del transcurrir nacional, que vendría a ofrecer una nueva óptica de la otredad nacional. La nueva dinámica de desarrollo económico generada por el capitalismo norteamericano lleva al jíbaro trabajador, quien fuera despreciado en el siglo XIX por ignorante, vago y poco emprendedor, a convertirse en significativo e importante recurso nacional. A partir de este reconocimiento de la diferencia y el otro, la clase trabajadora pasa a convertirse en agente de representación imaginaria de las aspiraciones y anhelos de reivindicación social de la intelectualidad puertorriqueña de los años 70 (proceso éste que ya se había iniciado con los reclamos de poetas no tan favorecidos por el canon, como Corretjer y los poetas de la generación de *Guajana*). Se trata, pues, de una nueva articulación de la narrativa de la historia nacional que permite a los ensayistas de los años 70 presentar un oportuno discurso generacional de visión muy contraria a la construida por la Generación del 30 y su incertidumbre ante la pérdida del patrimonio nacional. La noción de tránsito y trauma que caracterizara a los escritores de los años 30 y 50 sólo tendrá ahora sentido como metáfora que marca los deseos y horizontes imaginarios de ciertos grupos y letrados del pasado. La intelectualidad puertorriqueña se encuentra para los años 70, en tal sentido, en el mayor momento de deslegitimación de lo que había sido hasta entonces el canon de la inteligencia letrada del País. Muchos analistas de la cultura estamos todavía algo, sino bastante, inmersos dentro del paradigma de esta óptica de construcción cultural.

Quizás sean Juan Flores y José Luis González, para las décadas del 70 y el 80, los iniciales y más conscientes deslegitimadores de la alegoría del tránsito y del trauma al presentar posiciones disidentes ante los planteamientos de Pedreira y Manrique. En el libro *Insularismo e ideología burguesa* (1979), Juan Flores propone “librarse del oneroso estereotipo adjudicado a los puertorriqueños”, proponiendo una reinterpretación de la identidad nacional puertorriqueña elaborada desde *Insularismo* (p. 25). Frente a la visión pedreriana de la nave nacional al garete, Flores antepone esta vez al sujeto constructor de esa metáfora, para destacar el naufragio intelectual de lo que considera un pensador

burgués, elitista, racista, enajenado de la importancia de la cultura popular y la lucha de clases en el desarrollo de la nación puertorriqueña. Desde el reverso (o antilectura) de lo que ha sido el discurso nacional, Flores distingue que “La alegoría implícita en el término ‘insularismo’ resulta ser más una proyección de la limitaciones intelectuales de Pedreira que una caracterización adecuada de la realidad puertorriqueña” (p. 115). Mas, si bien Flores logra dismantelar en mucho el pensamiento de Pedreira, fijándose en los recursos retóricos e ideológicos, al igual que Ángel Silén, aún mantiene la idea de la existencia de una “adecuada realidad” nacional. Esta realidad, como depositaria de la “verdad” esencial de la nacionalidad, la encuentra en el espacio del otro marginado y desplazado por la elite intelectual. Se trata de una otredad investida en el emigrante, quien se convierte ahora en el cuerpo sufrido de los males nacionales. La inteligencia letrada, tanto de la isla como del continente, en este sentido, parece haber encontrado en la cultura popular de obreros y emigrantes un nuevo sitio de articulación discursiva y de recuperación de la identidad. Lo que fuera la rechazada diferencia ahora es reconocido como privilegiado espacio de la otredad. A partir de aquí muchos intelectuales y artistas se precian de articular desde el espacio de intereses del otro.

Importante en esta nueva proyección también resulta *El país de cuatro pisos*, (1980) de José Luis González, quien presenta un nuevo lugar común o metáfora en la constitución del edificio nacional, lo cual le permite una nueva interpretación de la historia. Mas allá del espacio mítico de la hacienda patriarcal de herencia decimonónica, González reconoce la historia de Puerto Rico en el tránsito de cuatro fases de construcción. El primer piso del edificio lo constituye la base popular afro-caribeña bajo la esclavitud colonial; el segundo, los emigrantes de Suramérica y Europa que llegaron a la isla durante el siglo XIX; el tercero, la ocupación norteamericana de 1898; y el cuarto piso se monta sobre el proceso de industrialización (a partir del 1940). En el esfuerzo por reconocer la armazón amplia del edificio histórico, González destaca el aspecto racial y clasista de los constructores y ocupantes. Se trata de los negros, mulatos, jornaleros y obreros y su vital desempeño en el esfuerzo constructor, e ignorados a lo largo de la historia por los grupos dominantes. Más allá del trauma de la invasión, que le es particularmente pertinente a la etnia blanca puertorriqueña, González encuentra la identidad en una cultura nacional mestiza, vital y saludable. Bien podríamos decir que se trata de un final rendir cuentas con el simbólico de la cultura señorial, ya desaparecido del imaginario intelectual para la década del 70. A partir de esta crítica las significaciones del mundo hacendado señorial dejarán de tener la pertinencia que hasta entonces habían abrigado, cerrándose así ese capítulo del debate nacional. Bien se reconoce ya que para los letrados la problemática nacional ha dejado de ser materia mental (traumática) y ha pasado a ser histórica, de identidad racial, de clase y del destino político de todo un pueblo. Pero una vez agotado el optimismo característico del socialismo de estos intelectuales de los años 70, y ya

desplomadas la certeza ideológica y la seguridad de sus edificaciones, reaparecerán en el discurso letrado nuevos tránsitos y traumas, aunque esta vez presentados a través de metonimias y discursos fragmentarios. El optimismo de los escritores socialistas de los años 70 cederá el paso en la década del 80 a las nociones de extravío, de pasajes aéreos, de rupturas y pérdida de la memoria.

En la proyección de estas nuevas espacialidades y tránsitos, se destaca en la década del 80 Edgardo Rodríguez Juliá, cuyas obras se alejarán de las visiones totalizantes y de certeza características del discurso socialista de los años 70. Nos enfrenta esta vez Juliá a crónicas ensayísticas en las que (más allá del sujeto abstracto de los utopistas de los años 70) contempla con irónica curiosidad el proceder vital del otro, del pueblo nacional, siguiéndolo desde su movilidad de masas o muchedumbres. Ya no se trata de ver al otro de la cultura isleña sólo desde las inteligibilidades del relato historicista, de la identidad racial o la lucha de clases, sino de reconocerlo a partir de sus desplazamientos, movilidades y peregrinaciones, así como desde su particular manera de enfrentarse a las imposiciones de poderes externos y de factores quizás no tan reconocibles que organizan la existencia colonial. En esta afinidad con la intrahistoria que define al otro de la cultura, Juliá se aparta de los discursos totalizantes y patriarcales del drama nacional (los que aquí hemos venido reconociendo). Para ello abandona la oficialidad discursiva que desde Pedreira la alegórica biblioteca nacional le ha ofrecido al letrado para sus lecturas de la historia. Esta mudanza de espacio y de modo de intelegir la cultura, le lleva a enfrentarse al espacio abierto e incierto (sin la guía de la nave o de la biblioteca nacional), dinámico e intrigante, recorrido por una otredad no tan nacional que no parece temer o traumatizarse en sus peregrinaciones, tránsitos y mudanzas. Y será precisamente en los territorios de concurrencia pública donde el hablante de Juliá descubrirá unas masas nada anónimas, dóciles o traumatizadas que van marcando el trazo de su existencia en carnavalesca y placentera manera de comportarse ante el nada armonioso acontecer colonial y ante el fluir de un tiempo sin aparente llegada. Se encuentra más bien con seres que desde el desarrollismo muñocista han estado haciendo, y a la vez recibiendo, la solapada y sinuosa historia de la modernidad. El entierro de Muñoz Marín, el sepelio de Cortijo, la visita del Papa, los turistas del Cerro Maravilla, el espectáculo de Iris Chacón y los bañistas de la bahía de Guánica se convierten en acontecimientos públicos que tipifican tanto las virtudes como las miserias nacionales. Y en el reconocimiento de este ya más espeso y complejo perfil del otro nacional, el narrador-cronista de Juliá emigra, con muy poco equipaje, desde la ineludible inteligibilidad que le ofrece la ideología académica del blanquismo, a explorar los espacios mentales y el proceder cultural e ideológico de los marginados, alienados y oprimidos, no tan suspicazmente reconocidos por el discurso ensayístico de hasta entonces. Como nuevo portavoz de la problemática nacional, Rodríguez Juliá parece haber perdido la autoridad y el contacto con las totalizaciones que legitimaran al discurso nacional desde Pedreira y

Manrique. No obstante, en su escape hacia los espacios de acción colectiva su discurso no deja de representar una búsqueda de explicaciones sobre la existencia del puertorriqueño en una sociedad que parece haber perdido el rumbo de lo que llamaba Pedreira, la nave nacional. En esta transeúnte jornada Juliá marcha al lado mismo del cuerpo del otro, para alcanzar una más vívida representación, y así superar la visión intelectualizada y abstracta de escritores como Silén y Flores. Y ya obtenido un nuevo sitio ideológico y espiritual de apaciguada contemplación, los modos de ser y de comportarse del otro nacional le revelan a Juliá toda una compleja y dinámica reacción ante las demandas e imposiciones de los poderes en la historia. Al superar el estereotipo del otro nacional, dotándolo de una mayor subjetividad, nuestro ensayista logra captar la diferencia que este otro marca frente al letrado que antes hablara desde el espacio del saber dominante. Este proceder obliga a Juliá a dejar a un lado los pedidos ideológicos del nacionalismo de los anteriores letrados y a prestarse a narrar y contemplar con distanciamiento irónico el acontecer en la moderna y compleja ciudad y a relatar los nuevos procederes socio-culturales que han emergido como efecto de las crisis del desarrollismo estadolibrista.

En esta actitud ideológica y proceder discursivo, no le deja de sorprender a Juliá la reacción solemne del pueblo-otro ante la muerte de los cabecillas de todo ese proceso cultural. Se trata, por una parte, del entierro de Muñoz Marín (en *Las tribulaciones de Jonás*), personaje este que ha significado el deceso de todo un pasado patriarcal y quien ha creado la crisis que lanza al otro nacional a las inciertas peregrinaciones, escándalos y espectáculos de la modernidad. Y por otra, se trata del atestiguamiento de la importancia histórica y cultural del otro nacional (*El entierro de Cortijo*) que se ocupa del sepelio de uno de sus más preciados símbolos (Cortijo) para dejar impresas en el acto las huellas de su identidad. En estos fúnebres tránsitos, también los acontecimientos del Cerro Maravilla se presentan como señales de la nueva crisis nacional en que, ante la ausencia de los patriarcas, los jefes del Estado traicionan y someten a la violencia a los hijos nacionales mediante los más desafortunados actos ("El cerro Maravilla" en *Una noche con Iris Chacón*). Y luego de reconocida la cultura nacional desde el "arriba" y el "abajo" que impone el otro transeúnte, más que trauma, lo que se presenta es extravío y desorientación. Ni la dirección de la nave (Pedreira), ni la carreta en su regreso (Marqués) o el histórico proceso de construcción del edificio nacional (González) parecen ya guiar el desempeño del otro peregrino. Emerge de ahí quizás el distanciamiento irónico del hablante de Juliá frente a los "logros" y "avances" de la moderna sociedad: "Sin duda somos más sociedad que antes; pero en el camino a Damasco, que va de Sabana Grande al Cerro Maravilla, una parte de nosotros se extravió para siempre" ("*Una noche con Iris Chacón*", p. 65). Se trata, no obstante, de un extravío muy distinto al expresado por Pedreira.

Pero lo que importa en esta ocasión es el desorientado otro nacional. Sólo que esta vez, contrariamente a los intelectuales anteriores, el ensayista no se

dispone a señalar el rumbo que podría ya continuar o emprender el otro. La visión de un sujeto directriz de la nación (sujeto imaginario ya superado ideológicamente, o sujeto patriarcal ya fenecido) ha perdido el reclamo y empuje emprendedores de que dispusiera antes. Nace de ahí la intriga e incertidumbre que animan al hablante-narrador de Juliá, por el rumbo que podrían tomar esos peregrinos de la nación. Enfrentarse a la historia del otro resulta de esa manera en un acto de ubicarse frente al giro que podría tomar la trama de una obra, o a las inesperadas emociones que podría traer el ritmo de un frenético y alucinado espectáculo como el de Iris Chacón o el del papa.

Para otros escritores de finales de los años 80 y de principios del 90, la confusión y el extravío (los noveles y traumáticos tránsitos) del ser puertorriqueño también provendrán en esta ocasión de la ecología y los espacios cotidianos del vivir: emergen aquí los signos de la basura, los desperdicios químicos, la contaminación ambiental, la entropía comunicativa. “Puerto Rico va en vías de convertirse —nos dice Edgardo Sanabria Santaliz— en un vertedero de 100 millas de ancho por 35 de ancho” (p. 217, *El tramo ancla*). “Los yagrumos y helechos comulgan con las latas de Coca Cola...” (p. 217) —nos dice en otra parte. La isla, según Sanabria Santaliz, está por convertirse en una “bien nutrida patria revolcante y chillona” (219). Lugares como Nueva York y Boston cobran particular pertinencia y se presentan como nuevos sitios nacionales que muestran oportunos simulacros de los ámbitos más idílicos de la isla de Puerto Rico: las palmas, las montañas, los símbolos taínos y negroides, los güiros, las maracas, las timbas parecen ser los iconos más preciados por los niuyorriqueños (p. 227). Eventos del pasado nacionalista que fueran despreciados pasan a ser resemantizados y reconstruidos: el Grito de Lares, la lucha de Betances, la pasión de Albizu. La revaloración de estas representaciones son parte integrante de la constante lucha por existir y ser que, tanto en el continente como en la Isla, se convierte en una militancia que trasciende lo que se entendía como límites del País: “Vi que Puerto Rico no es solo una isla varada entre las dos corrientes alternas del Atlántico y del Caribe. Descubrí que Puerto Rico es una forma de ser, una manera específica de concebir el mundo y la existencia, el lenguaje modulado en una cadencia inimitable, un ritmo en el que se vive inmerso y que marca nuestro accionar (tanto anímico como físico) permitiendo que en todas partes se nos reconozca como puertorriqueños”. (*El tramo ancla*, p. 213).

Pero, según se desprende de los escritos de Santaliz, pese a que el letrado se ha apoderado de un nuevo espacio de inteligibilidad ideológica y ética, no deja de sentirse inmerso todavía en una sociedad que le parece haber avanzado muy poco en lo moral. La sociedad (el otro nacional) sigue revelándosele como a fines de siglo la definiera Zeno Gandía, enferma: “En Puerto Rico la sangre se derrama sin ningún fin enaltecedor, sin ningún sentido, aunque el hecho de que se vierta con tanta constancia y arrojo es señal irrefutable de la enfermedad moral y sociopolítica que padecemos y que no cesará en tanto no se nos

medicine con la receta que nos hace falta” (237). Mas esta manera de ver la cultura no representa la norma, pues si algo desagrada a la intelectualidad más contemporánea son las prescripciones médicas.

Dentro de una vertiente poco dada a diagnósticos de enfermedades, quizás el discurso más destacado de los últimos años sea el de Luis Rafael Sánchez en “La guagua aérea”. Se nos revela en este relato el proceder de un escritor que presencia con irónica cercanía la otredad de la cultura más contemporánea. Se encara aquí Sánchez con la otredad más problemática y marginal (por ser la que sufre la mayor diferenciación y desplazamiento) de la cultura emigratoria de las últimas décadas. Muy distante está ya el escritor de los traumas característicos del discurso nacional que se dieron desde principios de siglo hasta René Marqués, como también del optimismo romántico y utópico de los socialistas de los años 70. Se semejará más al hablante de Juliá, en cuanto a su irónico deseo de unirse a los tránsitos del otro nacional, aunque no tanto en las peregrinaciones de éste por los espacios de apertura pública, sino por los ámbitos de encerramiento y clausura de un transporte aéreo que obliga a una apretada pero densa reflexión. Presenciamos en este relato el momento en que el letrado se ve precisado a viajar lado a lado en el confinamiento de la guagua aérea, entendida ésta como metáfora del vehículo que en la historia demarca la ruta del otro nacional (antes lo fueron la “nave al garete” y la carreta). Si en el discurso de Juliá el transeúnte-otro había abandonado el navío de Pedreira para irse en peregrinación a la calle, ahora mediante Sánchez esa otredad aborda el transporte aéreo para extender su peregrinación más allá del territorio nacional. Y en la contigüidad y cercanía a la otredad de los pasajeros isleño-niuyorquinos, como el relato mismo lo indica, el hablante logra percatarse del acontecer que no se reconoce en los libros de Historia, del envés del lenguaje que escapa la política convencional, del dato que ignora la estadística, de la utilidad de la poesía (p. 21). Se trata de una revertida óptica con la cual, desde el reverso de la cultura, el hablante logra ver la otra cara de la historia (la que no había presentado la oficialidad de Pedreira y Marqués), y advertir que viaja con tripulantes que, como los emigrantes de principios de siglo a bordo del Coamo o el Marine Tiger, se reivindicán y conquistan el espacio del aquí y del allá “contrabandeando esperanzas”, casi de frente a los oficiales que guían la cabina de mando. En esta ocasión el letrado “nacional” (el escritor) descubre en el otro itinerante un gesto de iniciativa cultural y de relevancia histórica que lo convierte en un sujeto de importancia seminal.

No obstante, el escritor se mantiene a distancia, con actitud voyeurista, y tiende esta vez la mirada hacia el otro para distinguir las vidas secretas, privadas y diferentes de lo que en realidad es un pueblo que, al no respetar la conducta apropiada que exige “la seriedad” del viaje, se presta felizmente a las prácticas eufóricas del cuerpo, a la guachafita y el relajo, a audaces tránsitos espaciales, culturales e ideológicos. La resonancia de la conducta de los tripulantes revela cómo la otredad populista, mediante su peculiar manera de

carnavalizar la cultura, se presta a prácticas y conductas que en el fondo representan modos entrópicos de enfrentarse a los asedios de los poderes dominantes que pretenden guiar sus destinos. El carnavalesco y entrópico proceder, y la celebración escandalosa ante los tránsitos que le impone la vida, representan en realidad modos nada traumáticos de enfrentarse al poder y subvertir sus órdenes. En esa peculiar manera de ser reside, ante todo, la mayor agresión contra las “correctas” costumbres de la cultura del invasor que guía la nave. Se trata de una subrepticia subversión cuya fuerte dosis de goce le resulta muy anómala a la burlada guardia de los que dirigen una nave ya no tan nacional ni al garete, subversión que el escritor quisiera disfrutar. La gozosa perversión ante el indeseado tránsito se manifiesta casi sarcásticamente mediante la presencia del juey, metonimia de lo telúrico que se infiltra de manera clandestina en la aventura aérea para asistir el placentero devaneo y, a la vez, distraer del lamentoso desvarío que provoca el viaje. Se trata del emblema del otro que representa mucho de la identidad del nuevo sujeto nacional, y que se cuele desde la profundidad de la tierra hacia los espacios oficiales y dominantes de la incierta nave aérea. Se trata de unos de los significantes que mantienen la comunicación significativa con el pasado cultural.

En este tránsito, nuestro hablante letrado advierte, además, un ritual carnavalesco que no resulta en simple pasatiempo, sino actividad profundamente vital y definidora. De ahí sus deseos de unirse a la irónica celebración que ejerce impulsivamente el otro, y así participar de su lenguaje y goce subversivos, aunque siempre quede una inevitable distancia entre él mismo y ese otro sujeto. Muy bien cautivan esta vez al hablante los tránsitos y traslados, por cuanto ellos evidencian la vitalidad corporal y la estrategia moral de un pueblo dispuesto a afrontar la mudanza y la contingencia que le impone el existir. Se trata del pueblo que con su cargamento de jueyes, gallos y discos de Cortijo, entre la risa y el llanto, se juega la existencia misma, y se cura del “mal de la distancia” que le aqueja al abandonar un suelo nacional que, más que lugar preciso y físico (como la hacienda o el edificio nacional), es ahora espacio simbólico y aleatorio. En esta singular empresa y viaje alegórico por la vida se “define” el singular ademán de puertorriqueños que “replantan la adversidad y el sosiego del país que se quedó en pueblo grandote o del pueblo que se metió a chin de país” (19). Se trata de una casi trágica (o paródica) gestión de pueblo en la cual la charca campestre se ha transformado en “el charco azul a que los puertorriqueños reducen el Atlántico” (19). Encontramos así el singular proyecto de movilidad social que anima a estos nuevos sujetos de la historia, que va mucho más allá del cultivo nacional que reclamaban Pedreira y Manrique para la primera mitad de siglo, y que exige una nueva semiosis cultural. La certeza de uno de los pasajeros, al afirmar su puertorriqueñidad niuyorkina, no sólo connota una visión espacial pasmosamente desacostumbrada, sino que revela la sorpresa del letrado hablante ante la propuesta de un nuevo código comunicativo que el nuevo sujeto nacional le reclama. No se trata de un “traspie

geográfico”, advierte el propio hablante-narrador, sino de la venganza de un pueblo que se ha propuesto invadir desde otro ángulo al invasor. La peculiar racionalidad y conductas de lo que fuera el otro nacional ha invadido ya el discurso letrado para “elevantarlo” esta vez por los espacios de significación que ofrece una historia subversiva y transgresora no tan fácil de escribir y textualizar en sus implicaciones amplias y severas.

Luis Felipe Díaz
Universidad de Puerto Rico

BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez Curbelo, Silvia, *et. al.* (1993). *Del nacionalismo al populismo. Cultura y política en Puerto Rico*, Río Piedras: Ediciones Huracán.
- Díaz Quiñones, Arcadio (1993). *La memoria rota*. Río Piedras: Ediciones Huracán.
- Duchesne Winter, Juan, *et. al.* (1992). *Las tribulaciones de Juliá*, San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña.
- Flores, Juan. (1993). *Divided Borders. Essays on Puerto Rican Identity*, Houston: Arte Público Press.
- Flores, Juan (1979). *Insularismo e ideología burguesa (Nueva lectura de Antonio S. Pedreira)*, Río Piedras: Ediciones Huracán.
- García I. García y Ángel Quintero Rivera (1982). *Desafío y solidaridad. Breve historia del movimiento obrero puertorriqueño*, Río Piedras: Ediciones Huracán, 1986.
- Gelpí, Juan (1993). *Literatura y paternalismo en Puerto Rico*, Río Piedras: Editorial de la Universidad de Puerto Rico.
- Manrique Cabrera, Francisco (1956). *Historia de la literatura puertorriqueña*, Río Piedras: Editorial Cultural, 1986.
- Marqués, René (1960). *El puertorriqueño dócil y otros ensayos, 1953-1971*, Río Piedras: Editorial Antillana, 1977.
- Meléndez, Héctor (1994). *Gramsci en la De Diego*, Río Piedras: Ediciones La Sierra.
- Negrón Portillo, Mariano (1990). *Las turbas republicanas*, Río Piedras: Ediciones Huracán, 1990.
- Pedreira, Antonio S. (1934), *Insularismo*, Río Piedras: Editorial Edil, 1971.
- Picó, Fernando (1987). *La guerra después de la guerra*, Río Piedras: Ediciones Huracán.
- Quintero Rivera, Ángel (1977). *Conflictos de clase y política en Puerto Rico*, Río Piedras: Ediciones Huracán, 1986.

- _____, et. al. (1979). *Puerto Rico: Identidad nacional y clases sociales (Coloquio de Princeton)*, Río Piedras: Ediciones Huracán.
- _____. (1988). *Patricios y plebeyos: burgueses, hacendados, artesanos y obreros. Las relaciones de clase en el Puerto Rico de cambio de siglo*, Río Piedras: Ediciones Huracán.
- Rodríguez Juliá, Edgardo (1989), *El cruce de la bahía de Guánica*, Río Piedras: Editorial Cultural.
- _____. (1983). *El entierro de Cortijo*, Río Piedras: Ediciones Huracán, 1991.
- _____. (1981). *Las tribulaciones de Jonás*, Río Piedras: Ediciones Huracán.
- _____. (1986). *Una noche con Iris Chacón*, Río Piedras: Editorial Antillana.
- Rodríguez, María Elena (1993). "Las casas y el porvenir: nación y narración en el ensayo puertorriqueño". *Revista Iberoamericana*. Universidad de Pittsburg, Núms. 162-63, enero- junio, 1993, pp. 33-54.
- Sánchez, Luis Rafael (1994). *La guagua aérea*, Río Piedras: Editorial Cultural.
- Silén, Juan Ángel (1970). *Hacia una visión positiva del puertorriqueño*, Río Piedras: Editorial Antillana, 1976.
- Torrecilla, Arturo. (1995). *El espectro posmoderno. Ecología, neoproletario, intelligentsia*. San Juan: Publicaciones Puertorriqueñas.
- Vega, Ana Lydia, ed. (1989) *El tramo ancla*, Río Piedras: Editorial de la Universidad de Puerto Rico.